

ca casi insuperable. Su mecanismo es verdaderamente portentoso; por lo cual tiene más analogía con Paganini que con Sarasate: su ejecución da la sensación de la ejecución diabólica que debía tener aquél genio del mecanicismo.

El lunes, 28 de Marzo, dió el primer concierto, viéndose precisado a tocar solo, por haber tenido que marcharse el pianista Sr. Balsa, consiguiendo, no obstante, subyugar al público de tal manera, con los efectos tan extraordinarios que obtenía de un instrumento tan ingrato sin acompañamiento, que después de ovacionar el público que totalmente invadía la sala, la incomparable labor del joven artista, tan delirante fué el entusiasmo, que unánimemente se pidió a la Directiva del Casino que organizase otro concierto para el sábado próximo, y así efectivamente se hizo.

Hay que conocer el violín para darse cabal cuenta de las innumerables horas de estudio, de lucha, de exaltación, de fiebre, hasta llegar a conseguir dominar los rebeldes dedos, y hacerlos fieles intérpretes de la voluntad del ejecutante en obras de grandísimas dificultades, como las de Paganini, Sarasate, Tartini, Sain Saén, etc.; en que su seguridad en el ataque; la afinación y fluidez en los sonidos armónicos, aun en doble cuerda, y hasta en trinos u otros adornos; la limpieza, seguridad y exactitud en la afinación de las escalas cromáticas ascendentes y descendentes a un movimiento muy rápido, que es difícil sacarlas bien, fuera de la primera posición, por estrecharse más y más las distancias, según que se toque en segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima, etc.; la unión perfectamente uniforme de los dedos de la mano izquierda y el arco en sus distintos golpes: staccatos, saltillos, martillados, rebotes, etc., en movimientos vivos y hasta en doble cuerda; los pizzicatos en distintas formas y en aires ligeros o escritos en figuras de escasa duración, aun los hechos con la mano izquierda, simultaneados por una nota larga y

vibrante, que no perdía su vigor aunque al mismo tiempo que el arco la pulsaba sonaban limpios los pizzicatos de la mano izquierda, y otras mil dificultades más, vencidas sin afectación, sin violencia, con una naturalidad y sencillez verdaderamente pasmosas, nos manifestaron patentemente que estábamos en presencia de todo un virtuoso, de un concertista consumado, que, si continúa por el mismo camino que vá, dará mucho que hablar en el mundo entero.

En el segundo concierto, sábado, 3 de los corrientes, fué acompañado por el notable pianista y profesor auxiliar del Conservatorio de Madrid, Sr. Balsa, que acompañó al joven artista con una maestría asombrosa; luciendo al violín



ALFREDO SPEDALIERE

al propio tiempo lucía se él mismo: la discreción con que pulsaba los acordes y la delicadeza en el matiz, animaban al concertista, que derramaba a raudales el producto del exquisito arte que posee ya en alto grado.

Terminada la primera parte del programa, y a instancias del auditorio, ejecutó el pianista (solo) las Seguidillas de Albéniz, que fueron dichas de modo admirable, y un Allegro de concierto del malogrado Granados, interpretado magistralmente. El Sr. Balsa fué frenéticamente aplaudido en las dos obras. Durante la audición no dejaron de escucharse calurosos y merecidos aplausos, y tan satisfecho quedó el auditorio, que se abrió una suscripción para dar otro concierto el día siguiente, domingo, el cual se llevó igualmente a cabo con tan gran éxito como los anteriores.

Lo que más gustó del programa, aun gustando todo extraordinariamente, fué la Zingaresca de Sarasate, que es lo que mejor interpreta a nuestro juicio, y en lo que más mérito concedemos al artista es en el Concierto de Paganini, por su sorprendente mecanismo.

En resumen: los tres conciertos dados por el eminente violinista Spedaliere, acompañado en los dos últimos por el gran pianista Sr. Balsa, son tres veladas que jamás se borrarán de